

ep europa press

*Nueva
economía* fórum



FORUM EUROPA

TRIBUNA DE SOCIEDAD Y POLÍTICA

Conferencia y Coloquios celebrados en el
Fórum Europa,
en Madrid, el 4 de abril de 2003

Antonio María Rouco Varela
Presidente de la Conferencia
Episcopal

Con la colaboración de
ING Direct - BT - Mercadona

El significado de la visita del Papa

1. Vida y santidad en el modo de ser cristianos en el siglo XXI

La quinta visita del Santo Padre tiene lugar en un momento crucial, cuando la Iglesia en España se siente interpelada para afrontar el siglo XXI, el tercer milenio, con mucha esperanza. Los obispos españoles hemos publicado recientemente un mensaje en el que trasmitimos que el Papa viene a alentar esa esperanza, a invitarnos a ser testigos del Evangelio teniendo como modelo los santos que va a canonizar, cinco santos españoles del siglo XX, figuras todas ellas en sí mismas de extraordinario valor humano y cristiano, que vistas en su conjunto forman un retablo de excelentes formas y modos de vivir el cristianismo en la España de ese siglo.

También hemos manifestado la necesidad de unir vida y santidad en la forma y modo de ser cristianos en la España del siglo XXI. Hemos hablado de los jóvenes y de la transmisión de la fe, que sólo llega a las nuevas generaciones cuando la ven encarnada en modos de existencia que nos muestran estos cinco santos. Finalmente, queremos abordar este viaje teniendo detrás el aliento de la Virgen, a la que los españoles han dedicado siempre su más encendida y entrañable devoción.

2. El contexto histórico del viaje

Para enmarcar el contexto histórico del viaje del Santo Padre a España conviene recordar, aunque sea de forma breve y sucinta, el primero de ellos, en 1982, que para muchos de nosotros es memoria viva, el del año 1989 a Santiago de Compostela y el de 1993 a Madrid, Sevilla y Huelva.

En 1982 viene el Papa como testigo de la esperanza para hacer un gran recorrido por toda España. Visita los lugares más centrales, no sólo del presente español, sino de su historia, y sobre todo de su historia cristiana. Desde Madrid a Santiago de Compostela, desde Montserrat a Sevilla, desde Sevilla a Granada, desde Guadalupe a Salamanca, antes pasando por Ávila, Segovia, San Juan de la Cruz, Santa Teresa de Jesús, San Ignacio de Loyola. Toda esa rica gama de figuras y de lugares de la historia cristiana de España son visitados por el Papa para hacernos, a lo largo de nueve días, una especie de gran propuesta pastoral para la Iglesia en España de finales del siglo XX, comienzos del siglo XXI.

Luego estaría en Santiago de Compostela en 1989 para la Gran Jornada Mundial de los Jóvenes, que iniciaba prácticamente con el encuentro del Monte

del Gozo la andadura que ha seguido esa iniciativa del Papa hasta el verano pasado en Toronto, en el año 2002. Y finalmente, en esa trilogía de ciudades Madrid-Sevilla-Huelva de 1993, el Papa se une con la voz propia inconfundible de la Iglesia católica a las celebraciones del quinto centenario del descubrimiento y la evangelización de América.

En ese contexto de Iglesia se incluye el de la vida social y política de la España de los años ochenta y noventa, marcada por un profundo proceso de transformación de sus estructuras políticas, de sus condiciones sociales de vida, también de su bienestar y de su realización del Estado social de Derecho, y no en menor lugar muy profundamente afectada en su cultura, en su marco de ideas, de valores y de formas de ver la vida que ciertamente sufre cambios hondos y profundos.

3. Los retos de la Iglesia hoy

La Conferencia Episcopal española ha tomado conciencia de los retos de la Iglesia para el siglo XXI en este contexto brevemente diseñado, definiéndolos a través de sus planes de acción pastoral de las décadas de los ochenta y los noventa, que han culminado en el plan de 2002, aprobado en la Asamblea plenaria en el mes de febrero. En este plan, que los obispos españoles titulan "Iglesia esperanzada mar adentro", se recogen de forma muy sintética esos retos y se presentan de manera que se pueda percibir en ellos una gran actualidad en el comienzo del año 2003.

3.1. La transmisión de la fe

El primer gran reto es el de la transmisión de la fe. Desde el siglo XVIII, el valor histórico de la Iglesia y otras instituciones religiosas del mundo ha sido medido por lo que se podrían llamar los "resultados sociales" de su acción. Pero menos por lo que ellas, en este caso la Iglesia, representan en sí mismas, que es ser realidades institucionales, pero sobre todo comunitarias y humanas, que están al servicio del testimonio de la fe en Dios por encima de cualquier otro criterio, postulado o exigencia.

Ante el siglo XXI la Iglesia en España se encuentra llamada a ser testigo de la realidad y de la verdad de Dios. La Iglesia se debe y se sabe llamada a ser testigo de la realidad plena, completa de Dios. Por eso testimonia a Jesucristo y a su Evangelio como ese momento de la historia humana en que la verdad de Dios, el logos, que diría San Juan en su Evangelio, se hace hombre y entra en la historia. Afirmar, testimoniar, difundir y propagar esa verdad es la primera tarea de la Iglesia en España en el siglo que ha comenzado.

3.2. La síntesis entre renovación litúrgica y piedad popular

La Iglesia también quiere vivir esa verdad a través de la vida litúrgica, de la vida sacramental, que para España supone en estos tiempos buscar la síntesis creadora entre la liturgia en el sentido más puro y más universal de la expresión, a través de la celebración de los sacramentos, y la piedad popular, que en España, como en otros países del mundo de historia católica y de origen cristiano, tantas raíces tiene. En España la vitalidad de la piedad popular se puede apreciar cada año en la Semana Santa de todas las diócesis de España, que ha tenido y tiene y goza de una enorme riqueza, que incluso prende en el corazón, en la vida, al menos en la admiración, de las jóvenes generaciones. Esta búsqueda de la síntesis entre renovación litúrgica y piedad popular es una de nuestras tareas más urgentes para la Iglesia de España en el tiempo que viene.

Con ello hay que promover también lo que yo llamaría los “oasis” de oración para las nuevas generaciones. España es la zona del mundo donde la Iglesia católica cuenta con mayor número de comunidades de vida contemplativa, femeninas y masculinas. Algunas de una extraordinaria vitalidad y ejerciendo un extraordinario atractivo sobre las jóvenes generaciones. Si la Iglesia no sabe o no logra crear en la sociedad donde vive climas de oración y marcos de contemplación, está fallando estrepitosamente.

3.3. Dar testimonio del amor de Cristo en el mundo/la fe y las obras

La Iglesia quiere hacerse presente en el orden completo íntegro de realización de su misión, que es la del testimonio del amor de Cristo en el mundo. La relación de la fe y las obras siempre ha sido la gran cuestión de los cristianos a la hora de realizar el Evangelio. Desde la teología paulina pasando por la gran crisis del siglo XVI y hasta nuestros días, hasta los tiempos de la teología de la liberación, siempre nos hemos preguntado cómo esa fe en Dios, esa fe oración que se hace contemplación, influye en la vida de los hombres, marca totalmente al hombre en su vida personal, familiar y social.

Un gran teólogo de nuestro tiempo, Hans Urs von Baltasar, al hablar de que la verdad es sinfónica, incluía en esta definición la necesidad de hacer de la verdad vida. No transformarla o reducirla a la praxis como si no hubiese verdad antes de la práctica, pero sí hacerla vida. Desde ese punto de vista la Iglesia en España, en Europa y en el mundo, teniendo en cuenta los veinticinco años de magisterio del Papa Juan Pablo II, cree que debe hacerlo en el ámbito del matrimonio y de la familia, del derecho a la vida, de la realización de la justicia y la solidaridad en la sociedad y en la comunidad política, acercándose a las nuevas marginaciones y a los nuevos marginados, que son muchos, que a veces se escapan de lo que se puede llamar “la red” de las previsiones sociales de orden político o de otro tipo. Y ha de realizarlo tanto en el orden interno como en el orden

internacional. Hay un desafío permanente de la pobreza en el mundo no desarrollado, y el Papa ha hablado de ello muchas veces; de eso se han hecho eco casi todos los sínodos continentales del final de la celebración del Gran Jubileo del año 2000, de la globalización de la solidaridad.

4. El compromiso con la acción misionera

Ser testigos de Jesucristo, que la Iglesia asuma ese testimonio plenamente, comprende el anuncio de la verdad de Dios en Jesucristo, su traducción en vida a través de la vida de oración, la liturgia, la piedad popular, la contemplación. Exige el compromiso pleno y decidido de la humanización del hombre y del mundo en la sociedad en la que se mueve el hombre, y en la que la Iglesia no está sólo externamente, sino que se encuentra encarnada y profundamente inmersa en ella. Por eso creo que ante este siglo XXI España tiene la obligación de hacer un recuerdo y una evocación no puramente romántica y sentimental, sino llena de vida, esperanza y de compromiso, y que se refiere a su acción misionera, la de ayer y la de hoy.

4.1. España, una historia ligada a las misiones

Ya son cinco siglos de evangelización con marca y cuño de la Iglesia en España. Nuevos mundos han nacido al cristianismo desde el lejano siglo XVI hasta nuestros días por la presencia valiosísima en número y en calidad de los misioneros y las misioneras españoles. América es el símbolo más evidente y prodigioso de esa acción misionera. Hoy son todavía decenas de miles los misioneros y misioneras españoles que actúan en el mundo. Son testigos del Evangelio al lado de los pobres operando en la humanización y transformación de los pueblos donde ellos viven y dan su vida años y años, a veces toda la vida.

Nuestra pregunta cuando el Papa está a punto de llegar a España para recordarnos de lo que somos testigos es hasta dónde la Iglesia en España está dispuesta, siendo fiel al Señor, a ser hogar de nuevas vocaciones para la misión. No sólo de forma esporádica, siempre valiosa, pues toda acción para el bien y en el bien de cualquier hombre, de cualquier pueblo que lo necesite, aunque sea de dos meses, aunque sea de veranos salpicados, es muy valiosa. Pero lo que está en juego es la misión como forma de encarnarse en la vida y de dar la vida. Y nos encontramos ante una histórica responsabilidad de la Iglesia en España. Junto a ella va unida la forma y modo en que la Iglesia y los católicos de España deben proyectar también su vocación en el mundo y hacia el mundo en el campo de las relaciones internacionales y de su futuro.

4.2. Los misioneros, factores de fraternidad y paz en el ámbito internacional

Es evidente que los misioneros no sólo son titulares y protagonistas prodigiosos de la evangelización, sino también factores de fraternidad y paz internacionales, en realidad los más duraderos, los más permanentes y los más valiosos, nunca se marchan. Los laicos, en su forma de comprometerse cristianamente en España, ante este tiempo nuevo que está ya en marcha en el panorama global de la historia, tienen que defender la primacía de la dignidad de la persona humana y de sus derechos fundamentales como eje radical en torno al cual tiene que girar el futuro del mundo, conscientes de que no hay otro.

Por ello, la vocación de los cristianos, de los católicos y sobre todo de los que vienen de la tradición de la Iglesia en España y de su presente de ser testigos vivos de la solidaridad internacional, del diálogo interreligioso, aunque a algunos les pueda parecer paradójico, y del desarrollo de las estructuras políticas y jurídicas del mundo en categorías y marcos mundiales a la hora de querer garantizar la paz y el bien común de toda la humanidad.

En este punto es bueno recordar también una de las aportaciones históricas de España, del pensamiento cristiano, de la experiencia católica de sus pueblos, de la sociedad española y de la Iglesia, muy unida a la historia misionera incluso cronológicamente hablando: la revitalización, el pronunciamiento acentuado del principio y del reconocimiento de la dignidad de todo ser humano, desde que nace hasta que muere.

En la gran sala de sesiones del edificio de la Sociedad de las Naciones en Ginebra, pintores europeos del período de entreguerras, entre la Primera y la Segunda Guerra Mundial, se hicieron eco de la gran escuela de Salamanca, en los siglos XVI y XVII, dejando las figuras de los grandes teólogos de Salamanca como la tabla de recuerdos apreciablemente accesibles para todos los que celebraron allí sus sesiones y las celebran, y que indicaban claramente los principios sobre los que quería asentarse la nueva organización del mundo en función de la paz mundial en aquellas décadas tan complejas y tan problemáticas del año 1918 y 1933.

La elaboración política y jurídica de la categoría del ser humano y de sus derechos fundamentales tiene en ellos sus primeros y más brillantes defensores. Para nosotros, los católicos españoles, sobre todo los seculares comprometidos con el bien común, con el hombre, en la sociedad propia dentro del marco interno de España y en el marco internacional hay un gran reto cuya actualidad no es necesario subrayar. No será posible avanzar sobre la situación histórica de la segunda mitad del siglo XX en función de la paz y del bienestar de la humanidad si no es sobre este reconocimiento.

Para avanzar en este conocimiento tampoco se puede olvidar el cuestionamiento teórico y práctico de este valor universal del hombre y de sus derechos al que estamos asistiendo desde hace décadas, y que ciertamente necesita superación. Pretender resolver el problema de la fundamentación de los derechos humanos sobre bases que no llegan al fondo del hombre, que no se asoman a las perspectivas que la filosofía y la teología abren para su comprensión, hace muy difícil poder superar la crisis y avanzar en el camino del respeto al hombre y a sus derechos fundamentales y en el camino de la solidaridad y la paz mundiales.

COLOQUIO

- Moderador. En su último encuentro con el Papa, ¿cómo le vio?, ¿es lógico hablar de su sucesión?

- Antonio María Rouco Varela. He visto al Santo Padre hace escasamente dos semanas, cuando concelebré con él en la Plaza de San Pedro con motivo de la beatificación de cinco nuevos beatos de la Iglesia católica, entre ellos dos españolas, María Dolores Rodríguez Sopeña y Juana María Condesa, y el santo Padre estaba en buenas condiciones de comunicación. Desde el punto de vista de su actuación magisterial y ministerial se encontraba bien, en lo que refiere a su motilidad, como siempre. El Papa siempre tiene que contar, como todos en la vida, con la sucesión, porque la vida de este mundo es a plazo fijo, aunque la determinación del plazo está en manos de Dios y no de los hombres.

- M.? ¿Le preocupan a usted o resta importancia a las interpretaciones políticas del viaje del Papa, en concreto la entrevista con Zapatero y las protestas de los partidos nacionalistas porque el Papa no se va a entrevistar con ellos?

- A. R. V. La verdad es que no tenía noticias de estas protestas...

- M. Parece que le van a mandar una carta CiU y PNV diciendo que ellos también querían haberse visto con su Santidad.

- A. R. V. Como no conozco esta circunstancia no puedo responder. De todos modos, el viaje del santo Padre se ha preparado desde mayo del año pasado y está condicionado por las posibilidades de tiempo y de salud que todos conocemos en relación con su persona, y evidentemente eso obligaba a una consideración del tiempo de la visita muy limitada y muy breve, y por lo tanto también a la reducción de su visita a un único lugar. Al tratarse de una visita a España en su conjunto era obvio que ese lugar debía de ser el más central y de mayor capacidad de unidad de toda España. No creo que haya que buscar aquí más interpretaciones que ciertamente no responden a la realidad.

El viaje del Papa se plantea, por lo menos la Iglesia lo va a vivir de esta manera, y así esperamos que se viva, como un ejercicio del ministerio pastoral del santo Padre en función del bien de la Iglesia y de la sociedad en la que la visita va a tener lugar.

- M. ¿Por qué precisamente el viaje va a ser a España ahora y por qué arrastra aquí a decenas de miles de jóvenes?

- A. R. V. Va a ser ahora porque se planteó como un viaje en el año 2003 dentro del calendario de viajes del santo Padre. Se va a hacer en mayo porque el verano español es muy duro y el Papa va a cumplir 83 años. No está tampoco para grandes maratones de ninguna naturaleza y creo que no hay que buscarle más explicaciones misteriosas al viaje.

Sobre por qué los jóvenes responden al Papa con mucho entusiasmo, y a veces con una amplitud y una intensidad de vivencia de esa respuesta que nos sorprende a todos, en el mi caso, la experiencia de 1989, la visita de la cuarta jornada mundial de los jóvenes que se celebró en Santiago de Compostela, ofreció una cadena de tales sorpresas, comenzando por el número de los que asistieron a la jornada, continuando por el estilo y modo de comportamiento de los jóvenes en aquella semana inolvidable de Santiago de Compostela y concluyendo con lo que se puso en marcha de la Iglesia católica, que yo creo que se puede definir bien como un gran movimiento juvenil de los católicos del mundo entero con el Papa. El encuentro de Toronto de este verano lo ha vuelto a corroborar y estoy seguro de que eso va a ocurrir también aquí el 3 de mayo con el Papa y con los jóvenes de España.

- M. ¿Qué explicación tiene ese auge de la juventud en este tipo de actos o de viajes y a la vez anunciada falta de vocaciones, o me niega la mayor y no hay falta de vocaciones?

- A. R. V. Pues no la niego rotundamente, sino que distingo, como hacen los escolásticos. La mayor nunca se negaba porque si no se acababa la argumentación y había que suspender el proceso de argumentación y comenzar desde el principio. Distingo, es decir, hay falta de vocaciones en algunos lugares del mundo, hay falta de vocaciones en algunos lugares de la Iglesia en España, hay vocaciones en otros lugares de la Iglesia en España, pero estamos en un momento en eso que refleja en gran medida la situación de la sociedad española, pero superándola.

A principios de los años ochenta el número de seminaristas mayores en España, el clero secular, era de poco más de mil. Un tanto por ciento de jóvenes en relación con el número global de la población de España muy alto. En las elecciones de 1977, se decía que los jóvenes iban a ganar las elecciones. Hoy, veinte años después, el número de seminaristas mayores del clero secular son mil ochocientos. La proporción de los jóvenes en relación con la suma total de la población es muy inferior a la de hace veinte años. Hoy no ganan las elecciones los jóvenes, las ganan los de la tercera edad, los mayores de 65 años. Si se compara el número de 1.200 de hace veinte años como índice vocacional con esa situación de las relaciones de los estratos de edad con el número de 1.800 en una situación de estratos de edad bastante más desfavorable, esa crisis de vocación es bastante relativa y ya estamos, creo yo, empezando a superarla.

- M. Sobre la guerra hay muchas preguntas. En primer lugar, usted, y cómo no la Iglesia, se opusieron firmemente a la guerra de Irak, pero ahora, ¿cabe hacer algo con el conflicto en pleno desarrollo?

- A. R. V. El Papa, ya desde el día que he señalado de las beatificaciones, invitaba a los cristianos a la oración por la paz, nos reclamaba una acción de cercanía inmediata y eficaz con las víctimas de la guerra y nos invitaba a que la oración fuese permanente y constante.

En el fondo había tres ideas en la intervención del santo Padre que sigue repitiendo hasta hoy mismo: que vamos a pedir para que la guerra termine pronto, que vamos a estar al lado, muy cerca y eficazmente, de todos los afectados por ella y que vamos a tratar de que de esta situación salga un orden político y jurídico de paz, de relaciones internacionales impregnadas de los ideales de los que nacieron las Naciones Unidas y que deben seguir inspirando el futuro del mundo. Y en ese orden de cosas creo que se puede hacer mucho.

- M. ¿Cree que asistimos a una fractura social en España por culpa de la guerra en Irak?

- A. R. V. La categoría “fractura social” no es precisamente la más científica de todas, y por lo tanto no resulta la más fácil de desentrañar en sus contenidos y en sus elementos como para después poder responder a ella de una manera rotunda. No creo que en la forma y modo de concebir la relación entre ser humano, bien común y comunidad política haya divergencias básicas para la inmensa mayoría de los españoles. Otra cosa es que después situaciones de mucha pasión, de mucha emoción, a las que los españoles no somos los más inmunes del mundo, como todo el mundo conoce y como todos nos conocen fuera de nuestras fronteras, no se puedan producir desmanes o hechos lamentables a la hora de la discusión política o de la forma social de plantear el problema, pero me parece que las convicciones básicas en relación con la sociedad siguen intactas.

- M. Lo que sucede es que aquí siempre se hace de todo una lectura política. Ahora parece que los que tradicionalmente se han opuesto a la Iglesia en estos momentos son “más papistas que el Papa”.

- A. R. V. Pues Dios quiera que todos sean no “más papistas que el Papa”, pero sí papistas en el mejor sentido de la expresión. Creo que hacer eso de verdad, no sólo coyunturalmente, no sólo en aspectos parciales, aunque valiosísimos de la vida social, daría muchos y buenos frutos.

- M. Quizás con todo el "lío" que hay se consigue llegar a un término medio de todo.

- A. R. V. Dentro del gran debate ético de lo político y lo social del siglo XX siempre ha habido una cierta tensión entre lo realizable y lo necesariamente realizable, sobre todo después de las experiencias de las dos guerras mundiales. No se puede olvidar que el problema de la guerra y de la paz en el siglo XX se planeaba en términos mundiales. Cuando hubo guerra, sobre todo en la Segunda Guerra Mundial, todo el mundo se vio inmerso en ella. Cuando se habló de paz, hubo que hacerlo también en términos de paz para el mundo, y en los años de la guerra fría la preocupación que nos embargaba a todos era si se iba a producir de nuevo una situación de guerra mundial, y por lo tanto las Naciones Unidas se organizaron como un órgano de seguridad de la paz mundial.

Pues bien, con ese panorama había que tratar de garantizar los mínimos políticos y jurídicos que permitiesen que no hubiese guerra mundial y que al menos en el contexto general del mundo hubiese paz. Se recurrió a la categoría sobre la que he insistido tanto de la dignidad de las personas y los derechos fundamentales que le son inherentes de modo anterior al Estado, al ordenamiento jurídico positivo sea cual sea, bien el nacional, bien el internacional. Luego, entre ese punto de partida y las cosmovisiones y las formas de concepción del hombre y de Dios vigentes, se han hecho distintos caminos. La Iglesia católica hizo uno clarísimo en el Concilio Vaticano II, que es el del diálogo entre las religiones, el diálogo con el judaísmo, el diálogo con el Islam, el diálogo con las religiones no cristianas. Y la sociedad más laica y temporal también hizo un camino que es el de la tolerancia, y creo que la combinación armónica de estos caminos tiene futuro y es futuro para la humanidad.

- Javier García ¿puesto?. Se está insistiendo mucho en el carácter conservador y ultracristiano de la Administración Bush. En este sentido, ¿no estaremos ante el primer capítulo del famoso choque de civilizaciones?

- A. R. V. Yo no me considero ningún conocedor del orden político y del mundo de las ideas políticas, sociales y religiosas de Estados Unidos; por lo tanto, lo que puedo decir es de un valor muy relativo. Pero lo que resulta claro en el Derecho constitucional americano es una separación muy fuerte entre lo religioso y el Estado. Es muy difícil imaginarse que con ese trasfondo constitucional se pueda dar en ese país una especie de confesionalización del Estado.

Por otra parte, creo que hay que hacer todo lo posible, a la hora de exponer ideas, difundirlas y elaborar las mismas en teorías políticas, para evitar ese eslogan de la guerra de civilizaciones, y menos de religiones. Hace unos días el Papa ha vuelto a insistir fuertemente en la necesidad del diálogo entre las religiones y entre las civilizaciones. Ése es el camino, y es un camino en el que hay ahondar todo lo más que se pueda salvaguardando el Derecho internacional.

El mundo de la delincuencia en este momento de la historia se da a escala internacional, no sólo a escala nacional. Dicho esto, creo que el camino, al menos desde el punto de vista de las grandes apuestas religiosas, morales y culturales, debe ser el diálogo entre las civilizaciones, el diálogo entre las religiones.

- M. ¿Qué piensa usted de la postura de los católicos, algunos a favor y otros en contra de la guerra? ¿Cabe esta división? ¿Son vinculantes las palabras del Papa?

- A. R. V. En primer lugar, creo que todos los católicos están a favor de la paz. Después, en los procedimientos concretos y políticos para garantizarla probablemente hay divergencias. Creo que tampoco las debe haber en torno a los principios éticos y morales que rigen ese problema o por los cuales un católico se debe dejar iluminar a la hora de enjuiciar un problema, en concreto el problema de la paz.

Por lo que respecta a lo segundo, las palabras del Papa son vinculantes, cómo no lo van a ser, siempre. Cuando las expresa, y las expresa siempre en el orden de la enseñanza, la verdad moral y las exigencias de la fe, desde el punto de vista práctico y moral para los católicos. Es posible que en otras épocas de la historia haya habido palabras de Papas que se refiriesen a asuntos puramente temporales, en los cuales, efectivamente, no tiene mayor autoridad que otra persona cualquiera, pero yo no conozco ninguna intervención del santo Padre que se circunscribiese en su contenido y en su forma a asuntos meramente temporales en todo el pontificado de Juan Pablo II.

- M. ¿Qué quiso decir usted con la polémica sobre la excomunión? A lo mejor la malinterpretamos mal los periodistas, pero incluso se llegó a hablar de la excomunión de Aznar...

- A. R. V. Yo usé una expresión me parece coloquial, pero no quise decir nada más que lo que he dicho, es decir, que el Papa no había excomulgado a nadie con motivo de la guerra de Irak, y eso es lo que hay.

- M. ¿Qué piensa usted del debate sobre la referencia a la herencia religiosa en la Constitución europea?

- A. R. V. En este momento hay varias propuestas surgidas de distintos ámbitos de la vida europea en relación con ese problema, el de la mención al cristianismo en el prólogo de esa carta de derechos fundamentales de la Unión Europea que se formulan de distintos modos. En la Grundgesetz, la Ley Fundamental que rige en la República Federal, aprobada en 1948, se habla claramente de Dios, pues se

arranca en el texto constitucional con una invocación de la responsabilidad de los legisladores ante Él. Después de ese arranque, la Constitución alemana comienza con un primer artículo donde se define y garantiza el reconocimiento incondicional de la dignidad de la persona humana. Pues bien, desde los círculos de la democracia cristiana se pide que se incluya la referencia a Dios y a la responsabilidad ante Dios de los que quieran asumirla en el texto jurídico.

Hay otra propuesta que es la que va dirigida a que se recuerde el cristianismo entre las raíces culturales de Europa. Esa propuesta es compartida por muchos grupos políticos. Quisiera subrayar en este momento el hecho de que los Estados nuevos de la Unión Europea y los que quieren entrar son decididos partidarios de esta inclusión, y todo ese mundo político procedente del territorio de la antigua Unión Soviética, del otro lado del Muro, la pide con fuerza. Y luego hay otra postura más laminadora, en la que se dice que ya basta con hacer una referencia a las raíces culturales y espirituales de Europa. Creo que éstos son los términos del debate.

La postura de la Iglesia la ha definido el Papa en intervenciones públicas diciendo que se debe hacer una referencia a las raíces cristianas de Europa por razones de verdad histórica, de verdad presente y de concepción del orden político. Otra actitud es situarse en la irrealidad histórica o en una concepción de lo político sin conexión con la realidad. Pienso que se debe hacer por esas exigencias de verdad, unas exigencias que provienen de la necesidad de que el orden político, en este caso el orden nuevo de la Unión Europea, tenga una relación viva con su sociedad, con su pueblo.

Después hay un problema concreto, el de la situación jurídica de las religiones o de las iglesias dentro del entramado jurídico de la Unión Europea en el futuro, que es de una importancia práctica evidente. Por ejemplo, la relación de la Iglesia católica y las confesiones protestantes con los Estados correspondientes son de muy variada naturaleza, van desde la afirmación radical laicista de la adherencia francesa del siglo XVIII hasta la fórmula confesional en la que se establece la relación del Estado con las iglesias propias de origen protestante en los países escandinavos y en Inglaterra, pasando por esas fórmulas más en consonancia con la concepción de la Iglesia católica de las relaciones Iglesia-Estado sobre todo a partir del Concilio Vaticano II, que son las de Italia, España, la República Federal de Alemania, Bélgica, Polonia, los Estados de Chequia y Eslovaquia y Croacia, donde esa relación se establece sobre la base del derecho fundamental a la libertad religiosa y el principio de cooperación del Estado con las iglesias reconocidas públicamente, tal como se expresa, por ejemplo, en el artículo 16 de la Constitución Española.

Entonces, se pide que la ordenación futura de la Unión Europea al tratar la regulación del derecho a la libertad religiosa se haga en términos de descentralización, es decir, de reconocimiento de ese asunto y de su regulación jurídica básica como asunto propio e interno de cada Estado de la Unión, que es la postura que también sostiene que la Iglesia católica en este momento.

- M. ¿Qué opina usted de la integración en las listas PP y PSOE en el País Vasco de sacerdotes de Vizcaya y Guipúzcoa?

- A. R. V. El Derecho canónico, como saben, desde siempre ha prohibido a los clérigos de cualquier orden y grado intervenir en la vida política. Esta prohibición ha tenido sus excepciones a lo largo de la historia, algunas muy sonadas; por ejemplo, en Alemania, una de las figuras del partido del centro en su nacimiento y luego en su consolidación hasta los años treinta fue un sacerdote. En España no faltaron en la historia política de los siglos XIX y XX figuras de clérigos activos en política, no con la significación del fundador del partido de centro en Alemania. Por ello hay que decir que ha habido excepciones hasta hoy mismo.

La excepción, cuando se hace con el permiso debido que el Derecho canónico prevé, no creo que ofrezca mayores dificultades. En el caso de estos sacerdotes, no conozco exactamente los detalles de la fórmula, pero me parece que no ha habido ni prohibición ni permiso, es decir, lo han hecho, nadie les ha rectificado su actuación y pienso que lo hacen orientados a manifestar solidaridad con aquellos representantes de partidos políticos que se presentan a las elecciones en condiciones de gran riesgo para sus vidas y de gran sacrificio a la hora de presentarse en esas listas.

- M. En ese sentido, ¿supuso demasiado desgaste para la Iglesia española la polémica sobre la posición de la Iglesia respecto al terrorismo, la elaboración del documento, los acuerdos, aquellos debates, o a lo mejor es que también se produjo un desgaste que era un desgaste artificial sobre un debate artificial?

- A. R. V. Claro. La Iglesia, a la hora de juzgar sus éxitos y sus fracasos, se ve siempre condicionada primero por su categoría, la categoría que la rige a ella cuando habla de éxito. Y esa categoría tiene que ver con la cruz de nuestro señor Jesucristo. El momento humanamente más catastrófico en el origen del cristianismo se produce cuando Jesús es llevado a la cruz, y es el momento en que comienza su triunfo. Luego, en la historia primera del cristianismo, se ha afirmado que la sangre de los mártires fue semilla de cristianos. Desde ese punto de vista, a la hora de enfrentarse la Iglesia con juicios de su actuación histórica en términos de desgaste o no desgaste, cuando sufres o cuando aparentemente estás derrotado no quiere decir que estés realmente derrotado desde el enfoque de la historia de la salvación, de la historia de Dios con el hombre, a lo mejor estás por el buen camino.

Pero, dicho esto, está claro que la Iglesia puede sufrir desgastes históricos reales y que no se justifican con la teoría de la cruz, cuando algunos de sus miembros o grupos dentro de ella se apartan del verdadero Evangelio, del testimonio de la caridad, de la presencia creíble en lo público de ella misma y de lo que ella transmite, de lo que refleja e irradia. Evidentemente, la gran cuestión de la forma en que la Iglesia católica en España se enfrenta con el terrorismo no ha

dejado de producir dolor, dolor para nosotros, sobre todo cuando en algún caso podíamos comprobar que había distancia entre el juicio de los fieles y la objetividad de lo que esos obispos decían y enseñaban.

- M. En su opinión, ¿cabe la posibilidad de que haya en España conferencias episcopales en determinadas Comunidades Autónomas, por ejemplo en Cataluña y el País Vasco?

- A. R. V. Conferencias regionales en el sentido propio de la expresión dentro de España no hay posibilidad práctica próxima. Es decir, en pura teoría canónica, se da la posibilidad excepcional cubierta por una actuación de la Santa Sede de que dentro de un país con una Constitución única pudiera haber más de una Conferencia episcopal. Por ejemplo, en Gran Bretaña hay dos Conferencias episcopales, la inglesa y la escocesa, pero eso es una previsión excepcional dentro del ordenamiento canónico de la Iglesia y exige previamente una consulta de los obispos de todo el país y luego una intervención excepcional de la Santa Sede.

Esto se ha producido en poquísimos casos dentro del actual panorama de la Iglesia católica en el mundo, y por eso no hay que esperar que eso pueda darse en España. Tampoco lo pide nadie, tampoco lo pide ni lo ha pedido ninguno de los obispos españoles en estos años, aunque pueda parecer lo contrario. Sin embargo, sí hay una posibilidad de organización dentro del seno de la Conferencia Episcopal de un país, de las llamadas regiones eclesísticas y de la creación del organismo correspondiente que las rija. Y ése es el camino que hemos seguido en España, que han seguido los obispos de la provincia eclesística tarraconense en Cataluña, el arzobispo de Barcelona, y que han seguido a continuación los obispos de las dos provincias eclesísticas del sur, que también tienen como cabeza arzobispal o metropolitana Sevilla y Granada y que comprenden todas las diócesis del territorio de la Comunidad Autónoma de Andalucía y el territorio de la Comunidad Autónoma de Murcia y también de las Comunidades Autónomas de las Canarias, Ceuta y Melilla.

En la Conferencia Episcopal española se está en proceso de estudio y consulta, ya muy avanzado, de los estatutos de la región eclesística tarraconense, y en un estado también avanzado de estudio y consulta el estatuto de la región eclesística del sur de España. Eso no afecta a la unidad de la Conferencia Episcopal española y se sitúa en un plano de integración orgánica en ella por parte de estas dos regiones eclesísticas que están naciendo en España en este momento.

- José Bono (Presidente de la Comunidad de Castilla-La Mancha). El Presidente del Gobierno ha dicho que España no está en guerra, que sólo forma parte de una coalición de ayuda a la guerra. Cuando el presidente del Gobierno iba a ser recibido por el santo Padre, manifestó que el Papa sabe que la paz no cae sola del

cielo. Yo en este sentido no quiero ser "más papista que el Papa", y por supuesto tampoco más aznarista que Aznar. No sé exactamente que es lo que piensa el Papa a este respecto que Aznar le interpreta "la paz no cae sola del cielo". Lo que sí sé es lo que he oído al Papa, que ha sido rotundo y claro: "los alentadores de la guerra responderán ante Dios y ante la historia".

Papistas y no papistas, a mí me parece que los más papistas, los más seguidores del Papa, son los que le hacen caso, y quizá los menos sean los que aun cuando se arrodillen a besar su anillo no le hacen caso. Yo quería poner de manifiesto el gran valor no sólo moral, sino histórico, de las declaraciones del Papa, que en una situación de guerra nos hace llegar su posición. Probablemente ha sido la persona del planeta que más ha contribuido con su postura rotunda a pesar de su edad e incluso de su debilidad física a condenar esta guerra, e impedir por tanto, que se pueda hablar de una guerra de religiones o de civilizaciones.

Algunos católicos, algunos cristianos, de manera bien clara y manifiesta, han dicho que los horrores de esta guerra no les afectan a su conciencia. Daría la impresión de que algunos se resignan diciendo aquello de "sea lo que Dios quiera", aunque la traducción si es que es resignada más bien parece sea "lo que Bush quiera", que por cierto, dice hablar con Dios como si por un terminal telefónico se tratara. Yo creo que para nosotros, los cristianos, está claro que no se puede invocar el nombre de Dios en vano para saltarse el quinto mandamiento en esta ocasión.

Mi pregunta señor cardenal es la siguiente: ¿es moralmente lícito cargar sobre la conciencia de Sadam y sólo sobre su conciencia, que ya sabemos que no tiene, los horrores de esta guerra?, ¿la conciencia de los cristianos de cualquier posición no debe estar atribulada por estos horrores de una guerra que en los discursos nadie apoya pero de la que España, según Aznar, formamos parte de una coalición de ayuda?

- A. R. V. En estas situaciones hay que dejar hablar a la conciencia y cada uno a la suya, y luego, a la hora de dejar hablar a la conciencia, dejarla hablar de forma que la ley de Dios sea recibida, escuchada y aplicada. Los criterios prácticos para iluminar esta conciencia los tenemos en la doctrina social de la iglesia, los tenemos en este caso en las enseñanzas del Papa o de los obispos españoles, que también hemos hablado claramente. Hay que leer los textos y leerlos en su integridad, en su conjunto, y aplicarlos.

Por supuesto, lo que no podemos arrogarnos es extender ese magisterio a sectores y a personas que no pertenecen a la Iglesia católica. Se los ofrecemos con nobleza y como una oferta de verdad, con la esperanza también de que sean oídos y de que se vayan abriendo camino a través de la historia de la guerra y de la paz. De todos modos, el Papa siempre fue protagonista principal de las grandes propuestas de paz, no sólo Juan Pablo II, sino todos los Papas del siglo XX y por supuesto Pío XII, de una forma muy notable, siempre defendieron las mismas posiciones doctrinales y prácticas, Juan Pablo II también, en esta guerra, en otras

y en todas. Ésa es la lección nos da el Papa a todos. De una coherencia que no admite excepciones, que no admite distinciones y que es siempre permanente y viva.

- M. ¿Está la sociedad española preparada para la ola de inmigración en la que vivimos?

- A. R. V. Se trata de situaciones y hechos en gran medida nuevos para España, pero no radicalmente nuevos. La España del comienzo del segundo milenio tuvo que asimilar la realidad del pluralismo del mundo que venía de la tradición; los siglos no pasan en vano por el costado y el alma de una sociedad y de un pueblo. Del Islam debió también asimilar la herencia de familias del mundo judío, y la gran herencia cristiana, de manera que en eso hay alguna experiencia histórica muy lejana, pero no del todo no viva, como tampoco se puede olvidar que ella misma, la gran empresa americana, tuvo que ver con la relación con otros pueblos. Por otro lado, en el siglo XX los españoles han sido grandes emigrantes, especialmente a América. No hace mucho tiempo, en los años sesenta y setenta, se produjeron las grandes olas migratorias a Europa central. De manera que ahí hay una experiencia que nos ha quedado en el alma y no sé si en la costra de la personalidad de los españoles. Pienso por lo tanto que sí que hay una preparación remota para poder asimilar al mundo de los inmigrantes, y luego hay una preparación inmediata y viva, y que es de mayor historia y de mayores raíces: la herencia cristiana. Para un cristiano no hay en términos paulinos, ni judíos, ni griegos, ni romanos, sólo hay hijos de Dios.

Cuando se vive la relación con el otro a partir de esa concepción, la inmigración debe ser un problema relativo y que hay que superar poco a poco en los distintos ámbitos: el del ordenamiento jurídico y de la convivencia social -que en el fondo son factores que se condicionan mucho mutuamente-, el de la educación y el orden de la vida de la Iglesia. Voy a presentar el cuarto informe de la Delegación de Pastoral de la Inmigración de Madrid sobre la situación de la inmigración en la ciudad y en la Comunidad de Madrid. En las parroquias madrileñas ya es muy corriente ver a personas de otros países, el pluralismo se está ya introduciendo y puede ser que un niño español tenga de catequista una chica ecuatoriana y viceversa, y que en algunas escuelas parroquiales de Madrid haya menos niños españoles que de otros países.

Ésa es la realidad de la España que viene, y pienso que se debe abordar el fenómeno de la inmigración positivamente, no sólo en España, sino en todo el marco de la Unión Europea. Hay un presupuesto básico: que también nosotros queramos mantener abiertos el alma y el corazón a esa forma de ver al hombre, comenzando por nosotros mismos, por nuestras familias, por nuestros vecinos, etc., si no va a ser muy difícil conseguir la configuración de la gran familia, de la gran sociedad integrada de los nuevos tiempos.

- M. ¿Cree usted que la Iglesia puede contribuir a una mejor configuración moral de nuestra sociedad a través de la educación?

- A. R. V. Lo creo decididamente, y tan a fondo además que pienso que si fallan los cristianos, si fallan los católicos, si falla la Iglesia en el proceso educativo, difícilmente vamos a conseguir el avance y progresos morales, humanos, de verdadera civilización, de verdadera humanidad, para el futuro de la sociedad española.

A esta afirmación y creencia va unida la preocupación una carencia bastante notable de interés de las nuevas generaciones por lo que podría llamarse la profesión de educador y la profesión de ser comunicador y transmisor de valores educativos en las distintas profesiones: ser profesor, maestro, catedrático, periodista... Yo animaría mucho a los jóvenes a que no sólo se dejen fascinar por los ordenadores, las telecomunicaciones, las nuevas tecnologías, que también tengan cariño y pasión por las letras clásicas, por la herencia histórica de la gran civilización y cultura europeas, por la teología, por la filosofía, por las ciencias humanas, por las ciencias del espíritu, por la historia, por la literatura, por la fe. Entonces, pienso yo, que la educación marchará. Hay que decir que casi todos los grandes sabios de las ciencias empíricas del siglo XX vivieron en su contexto de enseñanzas no en la especialización de las ciencias empíricas, sino de las ciencias clásicas. Los más grandes físicos y químicos del siglo XX han sido gentes que han hecho su bachillerato clásico, los alemanes Klassisch Abitur, y no las otras, las especializadas. Así que ¡ánimo!